

¡Cadetes, firmes...!

Por Pater Familiae.

Hay en la calle de Arcos de Belem, entre Vértiz y Luis Moya, una pequeña placita desconocida para la mayor parte de los capitalinos. Al fondo se ve un vetusto edificio de principios de siglo; el antiguo Parque de Ingenieros ahora destinado a cuartel de Infantería de Marina. Entre el cuartel y la avenida hay una pista rectangular donde fácilmente se acomodan cuarenta automóviles. Una noche, a temprana hora, bajo una lluvia menuda y tupida cuyo poder de penetración lo demostraban los charcos que rezumaba el césped, la plaza mostraba una curiosa algarabía. Los acordes marciales de una magnífica banda, la de Marina, enardecían a cientos de muchachas, señoras y señores. La pista estaba ocupada por diez grandes camiones foráneos, de los que bajaron los cadetes, para despedirse de sus familias después de cumplida su participación en el desfile del 16 de septiembre. La gente que pasaba por la avenida Arcos de Belem se detenía a observar tan desusado espectáculo, y se unía a la muchedumbre que llenaba la plaza.

—¡Son los cadetes de la Naval!

—Van de regreso a Veracruz.

—¿Los viste en el desfile?

—Eran los de pantalón blanco y levita azul.

¡Qué arrastre tienen!

Para el mexicano el cadete de marina es exótico, desconocido, brillante, seductor. Su marcialidad y herencia de heroísmo los convierte en hermanos de los cadetes del Heroico Colegio Militar, orgullo de la Capital. Aquellos son depositarios del honor de la patria en el mar, éstos en la tierra. No es pues de extrañar que ambas escuelas sean fraternas y que los cadetes de la Naval sean recibidos en el Colegio Militar como



Grupo de Comando, encabezado por el Vicealmirante Lagos, en el último desfile,



compañeros de armas. ¿Pero, realmente qué hacen, qué estudian, cómo viven los cadetes navales?

Como uno de mis hijos sintió el llamado de tan seductora Escuela me dí a investigar el asunto. No logré avanzar nada. Es un medio sólo entendible a los iniciados. Así que tuve que esperar a que el muchacho entrara a la Escuela y fuera pasando el tiempo para entender la cosa.

A fines de septiembre inició sus gestiones. Certificados de todas clases, de estudios, de buena conducta, de aptitud para las armas. Acta de nacimiento. Exámenes de aptitud intelectual, de capacidad física, de matemáticas, castellano, historia y geografía. Fianza por \$ 500.00.

Una vez que pasó por todo esto parecía el muchacho más feliz del mundo. Recibió su orden de alta y adquirió ropa para un año. El dinero corría sin tregua, ampliamente. "¿Pero papá... cómo esas camisas...?" "No ves que tengo que ir de compañero con el hijo del Almirante...?" Claro. Esas camisas no servían. Cómpratelas mejores. Y así en todo. Cuando estuvo listo, lo embarcamos en el A.D.O. Salían con él treinta muchachos. Todos apuestos, espigados, con la ilusión en la mirada. ¡Pobre de su madre! "Y acuérdate Carlitos, de no desvelarte, y no dejes de usar tu escapulario". El muchacho avergonzado, asentía a todo, y recibía más colorado que un cangrejo los interminables besos de su madre. Por fin el camión arrancó, y nos quedó el recuerdo del pañuelo que se agitaba por la ventanilla.

Primera dificultad. El domingo siguiente no podía salir. Su flamante equipo se había perdido... ¿cómo? Nadie lo sabe. Es de suponerse que las fábricas de camisas tiendan esta inevitable celada a los "novelones", como llaman a los cadetes de nuevo ingreso. Otro equipo y segunda contrariedad. No le entraban en la mollera los mil triquis miquis de la disciplina. Papeletas de arresto hasta formar una impresio-

nanté montón de hojas. "¡Cuidese, cadete, a los quinientos puntos... a casita!" Se cuidaba hasta escurrírsele las lágrimas de coraje y los arrestos seguían. Que por un botón mal cosido, que por dormirse en clase, que por hablar en filas y vaya usted a saber por cuales otras doscientas mil causas... De improviso, los arrestos cesaron. El muchacho se había disciplinado y entraba en el engranaje de la férrea milicia. Vaya, la cosa marcha... ¿Marcha...? "Y esto de las matemáticas ni para atrás ni para adelante... No es que no entienda... es que no hay tiempo para estudiar... Figúrate... marchas, natación, clases de las siete a las doce y de las dos a las cuatro, deportes de cuatro a seis... descanso y cena de seis y media a ocho de la noche, estudio de ocho a nueve, y de nueve a doce le preparas sus uniformes a tu secretario, le limpias y bruñes su arma, le compras cigarros, le escribes sus cartas y cuando te das cuenta estás dormido sobre el banco y el secretario te arresta y te manda traerle cigarros. Cuando a las cinco tocan diana te levantas con los ojos cerrados, y bajas sonámbulo a formar. Un baño de agua fría te despierta y 10 vueltas a la pista de fut bol, te da un apetito que podías comerte al Polux, nuestro perro mascotc..."

Maravilloso, tan pequeño y ya tenía secretario que lo arrestaba. ¿Cómo está esto...? Nueva explicación. "El secretario es un alumno antiguo de cuarto o quinto año, que te echa el ojo desde que llegas a la Escuela. Te explica tus deberes. Tienes que dejarlo satisfecho en todo.

A una seña le ofreces su cigarro predilecto y respetuosamente se lo prendes. Nada de cerillos. Un buen encendedor. A las horas de calor, refresco o helado. Sus botones relumbrantes. Su espadín, el mejor de la compañía. Te encargas de entregar su ropa a la lavandería y de recogerla. Le arreglas su taquilla. Limpias su arma, y a cambio de todo esto tienes el privilegio de llamarle "Secretario" y de que te explique las clases que no entiendes, de que te salve de uno que otro arresto, y de invitarlo a comer los domingos. Decide sobre si tu futura novia es de calidad y te autoriza a invitarlo al cine" ¡Magnífico, verdad? Pero esta incomprensible tradición debe tener sus dones. Los actuales Comandantes han sido secretarios de los almirantes, y causa admiración la atención y deferencia que demuestran en su trato... quizás se acuerdan todavía cuando les limpiaban los botones.

Y he aquí que el 21 de abril recibimos una nulcra invitación. La Jura de Bandera de los Cadetes de nuevo Ingreso. Mi mujer se pavonea orgullosamente. Carlitos jurará ser héroe y morir por la Patria en cuanta ocasión se presente. En Veracruz el humor de mi mujer cambia radicalmente. Se desespera y clama contra la disciplina. No logra ver a Carlitos por ningún lado. Las visitas están prohibidas a horas de faena, como las llaman, y en la breve media hora antes de la cena vemos correr a Carlitos por el patio, sudoroso y erguido, con la mirada al frente, que no logra desviar la presencia de su madre. ¿Y por qué corre incansablemente...? Pequeñas faltas,

tienen el don de robustecer sus pulmones y acerrar sus piernas... Cuando al fin lo dejan libre, el beso que da a su madre sabe a gloria salada, y en seguida truenan los tambores y cornetas y el muchacho corre desaforado a formarse y deja a su madre con toda la ternura al aire. La consuelo, pero no logro separarla de la guardia hasta que la compañía marcialmente desfila al comedr.

La mañana del 21 de abril la señora se levanta al amanecer. La ceremonia es a las once, pero su ansiedad la obliga a rondar la escuela antes de las ocho. A las nueve las cornetas la enardecen. El patio se va engalanando con comisiones y representantes del gobierno, diplomáticos y marinos extranjeros. Cuando al fin nos acomodamos en las tribunas, nuestro hijo no es más que una mancha blanca en una fila inmóvil entre la que brillan las bayonetas. "¿Lo ves?" Me dice orgullosa... "Es aquel que está detrás del cadete alto". No veo nada. Pero evidentemente la intuición maternal lo descubre. La fecha conmemora la defensa de los Cadetes de la H. Escuela Naval contra la invasión americana. Un alto jefe dice un discurso. El Secretario de Marina toma la palabra. La banda hace vibrar los corazones con un aire marcial, y a sus acordes la fila blanca con movimientos de extraordinaria precisión, como un solo hombre, se pone en marcha y la columna pasa por las tribunas. Veo de reojo que mi mujer se enjuga una lágrima y yo no dejo de sentir una cierta molestia en la garganta. La columna da la vuelta. La escolta se detiene frente al Secretario y autoridades. La escuela forma detrás presentando armas. Los cadetes protestan defender con su vida a la Patria. Los corazones vibran de emoción y con todo el público de pie, los cadetes de nuevo ingreso se desprenden uno tras otro de su posición y pasan bajo la bandera, que los envuelve, y a la cual han jurado dedicar su vida. Es un momento de intensa emoción. Ahora mi mujer ya no se preocupa de enjugarse las lágrimas. Lloro a moco tendido, como si tuviera abierta la espita lacrimonal que había cerrado desde niña. Carlitos con notable desenvoltura, gallardamente, sin sombra de complejos, pasa frente a la tribuna y oigo las palpitations del emocionado corazón de su madre. Al final rompen filas y ahora sí, madre e hijo se encuentran y me hacen a un lado... Y realmente para qué sirve un padre? Nos presenta a su Secretario, un muchacho alto con cintas de sargento. Este año saldrá de Guardiamarina, y sin duda será Comandante de Carlos y tal vez Secretario de Marina, a juzgar por su desenvoltura y la facilidad con que conversa con la mamá de su secre. Naturalmente, la mejor comida para Carlos y su secretario, y por la tarde la tertulia. Nueva admiración de mi mujer. "Te fijaste cómo persiguen las muchachas a tu hijo?" No me lo parece pero nuevamente he de rendirme ante la intuición maternal.

De regreso a México platicamos en el autobús. Realmente el cambio de Carlos ha sido

asombroso. Ha ganado unos cuantos kilos. Le ha salido el pecho y disminuido la cintura. La espalda es recta y ancha. Sabe caminar y su trato es atento y amable. No tuve tiempo de sondear sus conocimientos pero los podremos juzgar en los exámenes. Lo que me pareció sorprendente es la extraordinaria sencillez con que tiende la mano y escamotea cualquier cantidad de dinero. Sin duda le echará la culpa a las necesidades de su secretario.

El tiempo transcurre con rapidez y un buen día, el 10 de septiembre, nos anuncia la llegada de la Escuela al desfile de la capital. La banda espera. Llegan los camiones, irrumpe la música y baja nuestro cadete. Más macizo, más seguro de sí mismo, maduro y hasta elegante. En el desfile, la Escuela desencadena una tempestad de aplausos. "Mira —grita mi mujer.— Ahí va Carlitos". Este grito hace que las muchachas vuelvan la cara y sondeen las posibilidades de que esta señora se convierta en suegra. Al terminar el desfile una interminable serie de fiestas, y ante el estupor de la madre Carlos ha aprendido a administrar unos cuantos jaiboles, baila elegantemente, es de mano abierta a la que ningún dinero alcanza, y no puede resistir la tentación de tomar taxis hasta para ir a la esquina a comprar cigarros. Viene la despedida y los cadetes regresan a Veracruz. Las fiestas han terminado y empieza una ruda preparación para los exámenes. El muchacho estudia día y noche. Duerme dos o tres horas y pierde los kilos ganados, aunque gana las matemáticas perdidas. El secre lo vigila. Nada de dormir, ¡a estudiar! Lo que no entiende se lo explica. Al final recibimos las calificaciones. Después del viaje de práctica será cadete antiguo. Su carrera de almirante estará asegurada. "Y como estaremos en San Diego necesitaré algunos dólares". ¿Cuántos? Pregunta idiota. "Lo más que puedas mandarme". Y van los dólares y recibimos tarjetas de la Base Naval. Carlos compra mil chucherías que pierde en el barco. Nos ha escrito de todos los puertos del Pacífico, y nuestra sorpresa va en aumento. En unos cuantos meses ha viajado más que nosotros en toda la vida.

Un buen día nos escribe. "El viaje ha terminado. Dentro de tres días estaremos en ésa y los que pasamos año podremos quedarnos para vacaciones". El tren anunciado a las siete de la mañana llega a las doce. Carlos en uniforme de marinero, con una gran bolsa de lona blanca al hombro, se desprende de sus compañeros y corre hacia nosotros. Huele a demonio frito, según expresión de su madre, pero en la mirada, trae algo nuevo, la serenidad del mar. La sombra de lo infinito. La calma del que ha aprendido a estar consigo mismo en el centro del oleaje. La decisión del que ha vencido la furia del océano y ha visto la agreste belleza de los acantilados y los riscos, en los que se deshace impotente la cólera del mar. Nuestro hijo es casi un marino. No todos se quedan. Un buen número de cadetes han reprobado y regresan a presentar exá-

menes. Al arrancar el tren para Veracruz, entonan el himno de la Escuela "Cadete soy, de la Naval, mi orgullo es ser Marino. Cantando voy un himno al mar, feliz con mi destino. Mi escuela y mi bandera, las dos mi gloria son. Daré mi vida entera por defenderla de una invasión.

Cadetes de la Naval. Marchemos por la senda de la gloria. Cantando un Himno al mar. Luchemos por la patria y la Victoria. Juremos con honor honrar la dignidad de nuestra Escuela, y por ella morir con valor. ¡Cadetes de la Naval!"

Cuando el tren desapareció los ojos de Carlos estaban húmedos. Pero no sólo los de él. Vimos que un respetable almirante sentía también la emoción del momento y sin duda sus recuerdos se remontaban a la época en que sus padres iban a esperarlo a la estación.

La Heroica Escuela Naval Militar se fundó en Veracruz en 1897 bajo la dirección del Sr. Cap. de Navío Don Manuel Izaguirre, siendo Jefe del Departamento de Marina el Sr. General José M. de la Vega y Presidente de la República el Sr. General Porfirio Díaz. En 1914 conquistó el título de heroica al combatir contra los invasores, cayendo en combate el Cadete Virgilio Uribe y el Teniente José Azueta. En 1953 pasó a su nuevo edificio en Antón Lizardo, Ver., con mayor amplitud y funcionalidad.

La Escuela Naval forma tres tipos de oficiales: Cuerpo General, Cuerpo de Máquinas y Cuerpo de Infantería de Marina. Los primeros tienen por misión mandar los buques de la Armada de México, los segundos dan servicio de ingeniería a dichos buques, varaderos y astilleros de la Armada. Los terceros mandan los Cuerpos correspondientes. Los oficiales de los cuerpos General y de Máquinas, se gradúan al presentar examen profesional de Ingenieros Geógrafos y de Ingenieros Mecánicos Navales. Esta Alma Mater de los Marinos es una notabilísima escuela en su tipo. Así como la Escuela Nacional de Ingenieros tiene la máxima tradición en ingeniería civil, y la ESIME en ingeniería mecánica y eléctrica, la Escuela Naval rápidamente se abre paso en la técnica nacional como la productora de mejores ingenieros de mantenimiento: los oficiales del Cuerpo de Máquinas. Esto se comprende al considerar que un buque no puede detenerse y que los ingenieros a cargo de las máquinas de gran potencia (de 5 a 10,000 H.P.) deben ingeniarse para mantenerlas en servicio. Por su parte los Ingenieros Geógrafos se han asentado con firmeza en el campo civil como organizadores y administradores.

Pero nada puede explicar mejor, la alta misión de esta Escuela, que el contenido de una placa monumental de bronce, que el cadete de nuevo ingreso lee respetuosamente a la entrada de la Sala de Banderas en el edificio de Antón Lizardo:

"ESTA ES LA H. ESCUELA NAVAL DE MEXICO: NOBLE, POR LA PUREZA SUS TRADICIONES: HEROICA POR LOS HECHOS GLORIOSOS DE SUS HIJOS. SU MISION ES FORMAR OFI-

CIALES PARA LA ARMADA, CON LOS CONOCIMIENTOS BASICOS Y LA SANA EDUCACION INHERENTES A LA PROFESION NAVAL. LOS PREPARA CAPACITANDO A LOS CADETES PARA SU LUCHA CONTRA LOS ELEMENTOS EN EL MAR; FORTALECIENDOLES CUERPOS, MENTES Y ESPIRITUS; INCULCANDOLES LOS MAS ELEVADOS CONCEPTOS DE: HONOR, DEBER, LEALTAD Y ESPIRITU DE JUSTICIA, PARA QUE LLEGUEN A SER CIUDADANOS HONESTOS, CAPACES DE LLEVAR CON DIGNIDAD, ACIERTO Y SEÑORIO LAS MAYORES RESPONSABILIDADES COMO GUIAS Y CAPITANES AL SERVICIO DE SUS COMPATRIOTAS".